Reflexiones entre el asfalto y el concreto

Días de cuarentena
ÁLVARO VÉLEZ ("TRUCHAFRITA")
Robot, Medellín, 2020, 66 pp.

LÍNEAS RECTAS, limpias y pulcras, como le gustan a Álvaro Vélez ("Truchafrita"), delinean el interior de su vivienda en el centro de Medellín desde las guardas y la sobrecubierta de *Días de cuarentena*. Ya desde ese primer plano se anuncian las obsesiones del autor: los discos de vinilo, los libros y la mesa de dibujo. En este último espacio, Truchafrita dedica horas y horas a la desagradecida labor de dibujar historietas, una actividad que inició desde hace casi tres décadas, con disciplina de salesiano y "limpieza cristiana". A tenor de *Oficio: dibujante*, de José Luis Munuera, Truchafrita "dibuja todos los días, todos los meses, todos los años" con la humildad y devoción que ello implica. En este sentido, *Días de cuarentena* es la depurada continuación de un extenso trabajo historietístico.

El libro bien puede tomarse como el enlace a una obra mayor de carácter autobiográfico o como un material autónomo. Si se lee de la primera forma, nos podemos preguntar: ¿a dónde han ido a parar el follaje, los arbustos y los árboles en *Días de cuarentena*? La vegetación, que es la principal locación en *Follaje* (Tragaluz, 2019), y la patria de su infancia se esfuman entre las cuatro paredes de su casa por obra de la larga cuarentena de 2020. Pero el espíritu reflexivo y jocoso pervive en este cómic entre el asfalto y el concreto. Para el lector desprevenido estos antecedentes no tienen mayor relevancia, pero quienes seguimos con fervor el trabajo de Truchafrita sabemos que en él cada aspecto cuenta, porque solo la lectura integral permite admirar la grandeza del creador (además de honrar y justipreciar el medio del cómic).

Como en la película *Perfectos desconocidos*, de Álex de la Iglesia, casi todos los planos de *Días de cuarentena* transcurren al interior de la vivienda de Truchafrita, a quien no le tiembla el pulso para compartir con el lector su intimidad y quehacer, a excepción del contenido de sus cuadros –que, apuesto, son obras de Jim Woodring, Francesc Capdevila ("Max") o algún otro de sus ídolos–, ocultos con rayitas oblicuas. En el libro, su casa es parte activa de la narración, invita a franquear la puerta de entrada y a tomar una que otra copa de licor al ritmo de *The Flaming Lips*. En el caso de una nueva cuarentena (que ojalá no venga), bien vendría visitar este cálido refugio que, además, juega en cada viñeta a favor del dibujante, quien en lugar de saturarlo sabe depurar y sintetizar el espacio.

Pero Truchafrita no pasó en soledad los días de cuarentena; su más fiel e insigne amigo, Chimpandolfo –un conejo antropomórfico–, lo acompañó en sus disquisiciones y labores caseras. Quizás sean las palabras de Chimpandolfo las que mejor definan esta obra: "[...] un viaje iniciático dentro de cuatro paredes. Hacia el yo más íntimo" (p. 20). La plática de ambos personajes tiene resonancia con *Más conversaciones*, el número 9 de *Cuadernos Gran Jefe* –una serie de cómics que el autor inauguró en 2004–, al volver a la reflexión filosófica y a las preguntas por lo fundamental: "¿De dónde venimos?, ¿hacia dónde vamos?" (p. 20).

Un "yo" distinto de Truchafrita se apodera de cada viñeta para discurrir sobre la fragilidad de la vida, el miedo a la muerte, la noción del tiempo, o recabar uno que otro dato histórico; así como para lavar la loza, ir al supermercado, servir el café, dibujar, ver películas o navegar en las redes sociales virtuales. En el trazo de Truchafrita, esas actividades tan nimias se vuelven dignas de ser relatadas. Si Jean-Paul Sartre escribió en *La náusea* que "los días se añaden a los días sin ton ni son, en una suma interminable y monótona", los "días de cuarentena" se suceden entre la reflexión y la burla de la calamidad propia y ajena. Los que pudieron ser días tediosos para muchos, para otros, en cambio, fueron toda una implosión creativa en los tiempos más aciagos.

Al inicio del libro, Chimpandolfo manifiesta que "la cuarentena se resume, muchas veces, en un sinnúmero de micromomentos" (p. 6), y *Días de cuarentena* también lo hace en otras tantas microhistorias de tres o cuatro viñetas por página. Ese esmero para componer cada una, y no malograrlas con grandilocuencias, confirma la concisión narrativa del autor, la sencillez de quien no espera nada pero lo entrega todo y quiere lo que hace. Su postura es tan sincera como ese abrazo que le da a Chimpandolfo en las últimas escenas del libro. La síntesis gráfica que lo caracteriza revela mucho más que cualquier dibujo atiborrado. Además, Truchafrita intercala sus referencias musicales y literarias a pie de página, como otra forma de dar a conocer su universo creativo.

Esta obra, como lo señaló el divulgador del cómic Mario Cárdenas para el suplemento literario *Generación*, del diario *El Colombiano*, se inscribe en un amplio panorama de narraciones gráficas producto de la pandemia, y se hermana con aquellas historietas que se gestaron, a modo de diario personal, sobre el año de la peste. Sin comunicarse, y a miles de kilómetros de distancia, el dibujante argentino Ernán Cirianni, el español Miguel Gallardo y el colombiano Truchafrita esbozaron al unísono las disparatadas situaciones que afrontaron durante la pandemia. Cirianni desde el humor, Gallardo con el diagnóstico de un tumor cerebral (que terminó arrebatándole la vida, cómics en su tumba...) y Truchafrita a partir de la reflexión. *Días de cuarentena* se suma así a una constelación de creaciones pandémicas que compensan, de alguna forma, todas las desgracias que provocó el malhadado coronavirus.

En el prólogo del libro, Truchafrita confiesa, con cierta vergüenza, que durante los meses de cuarentena fue un individuo feliz. Esta manera de asumir el encierro y la calamidad obedeció en gran medida a su comprensión política e histórica de las civilizaciones, que lo dota de claridad, y la "claridad es tranquilidad". No en vano, al pasar las páginas del cómic perdemos la noción del tiempo porque, para un dibujante sereno, este transcurre entre las actividades: dibujar, leer, comer, dormir... Si la cuarentena fue la oportunidad para que Truchafrita se pusiera al día con aquellas lecturas que había dejado de lado, la poscuarentena es el momento para ponerse al tanto de *Días de cuarentena*.

Diana Gil Guzmán